

QUINX

LAWRENCE DURRELL

QUINX

EL QUINTETO DE AVIÑÓN V

Traducción de Víctor Pozanco



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Quinx or The Ripper's Tale*

Diseño de la cubierta: Edhasa basado en un diseño de Pepe Far

Ilustración de la cubierta: Istockphoto

Primera edición en Edhasa Literaria: octubre de 2018

© Lawrence Durrell, 1985

«The Avignon Quintet» © The Estate of Lawrence Durrell, 1992

© de la traducción: Víctor Pozanco

© de la presente edición: Edhasa, 2018

Diputación, 262, 2º, 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º, unidad C

C1054AAT Capital Federal, Buenos Aires

Tel. (11) 43 933 432

Argentina

E-mail: info@edhasa.com.ar

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la página www.conlicencia.com

ISBN: 978-84-350-1036-8

Impreso en Huertas

Depósito legal: B. 22714-2018

Impreso en España

Para Stela A, Ghetie

«... ello mismo creó el gusto
según el cual será juzgado...»

WORDSWORTH *dixit*

CAPÍTULO 1

DE NUEVO, PROVENZA

El tren los condujo cuesta arriba y cuesta abajo a través de los canales y presas que enmarcaban la exuberancia del Ródano, por la adormecida llanura, hacia la Ciudad de los Papas, donde entonces, bajo un tenue sol de primavera, las palomas revoloteaban como confeti y los campanarios purgaban su culpa con el tañido de las santas campanas. Cielos de rancio rosa y rubia peregrina, algarrobos locos de Judas y fucsias, moras y grisáceos olivares pasado ya Valence.

Salieron a su encuentro los niños, tanto tiempo perdidos, que llamaban los *ogres*, acompañados por el fiel Drexel. Llegaban allí para hacer realidad aquella antigua promesa de retirarse al remoto *château* que el hermano y la hermana habían heredado. Iban a enterrarse allí, en aquel amor a tres bandas que intrigara en otro tiempo a Blanford y le incitaba a tratar de urdir una novela acerca del sentido de este amor trino. Pero, ¡ay!, no salió. La idea, como la realidad, había sido demasiado gnóstica y también se frustraría en su realidad. Pero ahora eran felices y estaban llenos de fe, los hermosos *ogres*. Blan los saludó afectuosamente.

Por su parte parecían los miembros de un tercer grupo de turistas de una popular comedia (las dos *fair ladies* y el

chico, lord Galen, Cade, Sutcliffe, Toby, etcétera). «Sed el uno para el otro», pensó. Si cada uno interpretaba un papel en la obra, también pudiera ser que los diversos actores, en conjunto, formaran una sola y completa personalidad. El sol remoloneaba entre las rosas y se oía el monólogo de un ruiseñor. Él había hecho un ademán que expresaba elocuentemente su sensación de que aquello iba a ser un nuevo principio para su vida. Había tirado todas las notas recogidas para su nuevo libro, vaciando su maletín desde la ventanilla del tren y contemplando cómo se esparcían las hojas y cómo se perdían por el valle del Ródano. Igual que un árbol se desprende de sus pétalos multicolores y de los más diversos tamaños. La noche anterior había decidido que si alguna vez volvía a escribir sería sin premeditación, sin notas ni esquemas, sino espontáneamente, como canta la cigarra con el sol del verano. El gordo, su *alter ego*, le observaba mientras él llevaba a cabo aquella operación y expresaba ciertas reservas, moviendo su cabeza muy dubitativamente al ver cómo los pétalos se alejaban en bandada formando un gran torbellino exactamente del mismo modo que las palomas sobre la ciudad. Después de la explosión atómica sería igual, pensaba: sólo nubes de memorandos llenando el aire; memorandos humanos. La suma de todas sus partes se arremolinaba en la mortal deriva de la historia: como motas en un enorme rayo de sol.

Cade se echó de pronto a reír y se dio una palmada en el muslo, pero él no le vio la gracia a la broma. ¿O acaso no era una broma?

★ ★ ★

—Supongo que no vamos a permitirles a los *ogres* revivir el terrible error histórico que fue el tema de tu gran poema épico: la heroica tríada del romance —dijo Sutcliffe con desánimo—. ¡Pero vamos! ¡Si en la vida real tampoco funcionó mejor de lo que funciona en la novela! ¿No te parece?

Aubrey asintió a regañadientes.

—Tres en uno no funciona —prosiguió su *alter ego*—, aunque Dios sabe por qué. Deberíamos preguntarle a Constance, pues quizás el viejo canon freudiano pueda aclararnos la razón. De todas maneras, si a Shakespeare le fue bien, también tiene que irme bien a mí —exclamó.

—¿A qué te refieres?

—Los *Sonetos*. La situación que esbozan habría originado quizá su mejor obra teatral, pero la eludió instintivamente porque tuvo la sensación de que no funcionaría. Debemos tratar realmente de salvar a los pobres *ogres* del mismo sino; no hemos de permitirles que se monten otra vez con el desventurado Drexel en el histórico tióvivo. ¡Sálvalos! La historia, la memoria: prometiste evitar todas esas trampas; de lo contrario no tendrás más que otro aditamento al *caveau de famille* de la mismísima novela y Sylvie se quedará para siempre en el manicomio, echada bajo su tapiz y escribiendo...

—Estuvo intentando escribir mi libro, el que estoy a punto de empezar, clasificando todos esos hechos desordenados dentro de un coherente laberinto lingüístico en donde todos y todas encontrarán su lugar sin necesidad de correr ni darse codazos. Pero ahora me doy cuenta de que si no tienes los endógenos indicios de la virtud inmanente, como describió Epicuro, pongamos por caso, terminarás por encontrarte con una moralidad excesivamente puritana, y sobregratificado por la falta de escrúpulos e incluso por una intensa sed de sangre,

marcada por la sensiblería. Además hay que andarse con pies de plomo y con mucho cuidado, hay que adelantar *au pifomètre*, «a ojo de buen vigía».

Era obvio para ambos que en el tipo de libro que pretendían no debía repetirse la desventura de Piers y Sylvie, porque lo que ellos querían refrescar y reanimar era la arcaica noción de la pareja, los ingenieros de la gracia a través del acto. Lo en realidad sucedido, y gracias a Constance, es que su masaje y su súplica física despertaron de repente su espina dorsal y con ella todos sus ganglios, que revitalizaron y tonificaron sus poderes copulatorios. ¡Taumatología! Los mortales saltos del divino orgasmo como un salmón; los dos-en-uno sumidos en una inmensa pero penetrable amnesia que podían ir haciendo gradualmente cada vez más consciente. Asirla regular y firmemente hasta el punto de meditación en que se vuelve cegadora y luego fundirse lentamente uno en el otro con una pasión subrepticia... ¡Quien abdica en el amor todo lo gana! «El jardín de las Hespérides» está al alcance de tal... El beso es la pura cópula del vasto pensamiento compartido.

—¡Te quiero! —dijo verdaderamente asombrado.

—¡Cristo! —exclamó—. Gracias a ti he despertado por primera vez. ¡El horrible títere durmiente se despierta! ¡Lady Utterly, encantado de verla! ¿Qué la trae por aquí?

Ella descansó ligeramente en el brazo que la acogía, pero no habló. Sabía que la información que había pasado procedía de su amante muerto, Affad. Él siempre había dicho: «Lo que se explica demasiado bien se vuelve inoperante, muerto, incapaz de realización. No hables nunca de amor a menos que estés mirando a otra parte cuando lo haces. De lo contrario, la contraproductente y adormecedora música hará que te pierdas.»

—Amor mío, podrás exhibirme en una urna de cristal frente a tu consultorio como «el hombre que regresó de la muerte: ¡el mono erecto!» —decía Blanford.

¡Ah!, pero *ella* sabía que la ciencia no está interesada en los finales felices; ¡eso es privilegio del arte!

Como solía tararear Sutcliffe:

Sus creencias no pueden ser expresadas,
por eso sus ideas parecen un poco despojadas.

Cuando la introspección se endurece hasta convertirse en dogma termina por morir, así que ellos lo mantenían todo fluido aunque sin dejar de rezar pidiendo más y más introspección con la que disciplinar su corazón. Qué estúpido les parecía ahora el viejo mundo del «antes», con sus inapropiadas avideces y dilapidados apegos. En la Camarga se sentaban en silencio en el porche de su casa contemplando la anochecida y las luciérnagas, que resplandecían como mentes que adquiriesen una fugaz conciencia de sí mismas antes de desaparecer bruscamente. Mientras tanto, ella tomaba notas para su ensayo psicoanalítico sobre la olvidada novela *Gynacocrazy*, cuya lectura (que resultaba cómicamente pornográfica por la descamada ingenuidad de sus escenas de amor) les había divertido mucho a ambos. Estaba claro que la había escrito una mujer, y Constance se proponía demostrar este hecho (que no se explicitaba en parte alguna) basándose exclusivamente en una evidencia interna de tipo psicoanalítico-sexual. Blanford se asombraba al pensar lo mucho que ella le había enseñado, incluso físicamente. Constance había aprendido que la conjunción priápica es un arnés que tira de la fuerza que levanta el campo en el que el futuro, como ejemplifica el ca-

chorro humano, puede asegurarse un punto de apoyo en la realidad. Medio bromeando podía decir: «Ahora ya sabes lo que estás haciendo y que habiendo copulado conmigo ya no podrás dejarme nunca: ¡sería peligroso para tu introspección! Para tu arte, la mercancía de la respiración, ¡oxígeno! ¡Lo hemos conseguido, amor mío! Cuando el orgasmo se comparte de esta manera se te admite en el reino que hay entre la muerte y el renacimiento, el taller donde se forjan por igual el pasado y el futuro. La clave está en captar esta simultaneidad. Mientras tanto, entre renacimiento y renacimiento (el orgasmo es una sombra chinesca de este estadio de crisálida) existimos en forma de cinco *skandah*, agregados, paquetes, montones, lotes. Se cohesionan para formar un ser humano cuando te integras y creas el viejo campo de fuerzas quinx, el ser pentagonal con dos brazos, dos piernas y el *kundalini* como propiedades».

—Bien —dijo él con cierta ironía—, ¡en la nueva edad será el hombre la Bella Durmiente y la mujer quien le despertará con un beso! Sus caminos se unen y se bifurcan al dictado de la naturaleza. Y la verdad humana, maldita sea, debe hacerse coetánea con la básica imperturbabilidad de la naturaleza para que se produzca el milagro. ¡Como si uno dejase de preocuparse y empezase a improvisar! Naturalmente, el amor puede reducirse a una agradable y festiva convivencia; pero la longitud de onda o escala es reducida y no puede fecundar el corazón o la introspección. ¡Una simple descarga no puede instruir!

—Ahora necesitas alejarte un poco de mí. No por mucho tiempo. Sólo lo bastante para enfocar bien lo que quieres empezar a construir.

—Lo sé —dijo él—. No podré ser feliz hasta que haya intentado de verdad hacer las cosas tal como quiero: ser serio

sin ser lúgubre. (¡Hay que guardarse de la malevolencia de tanta bondad!) Si yo pudiese crear un edificio semejante apuntaría con el dedo al concepto de que la singularidad de la identidad es más que relativa: «Sed el uno para el otro» o «como piezas de repuesto», *pièces détachées!*

—¿Y qué más? —exclamó ella en arrobador triunfo.

—Hazte una escenografía de coexistentes huellas temporales en la imaginación humana. Trata *de una vez* seriamente con el amor humano, que es una forma de pensamiento yóguico, el timón de la humana nave de los locos; porque, oculta en la beatífica amnesia que acabamos de compartir, se encuentra la verdad pentagonal sobre la personalidad humana. Paralelamente, el texto debería mostrar un gran ingenio y clamar a la vez con una súplica por la dicha que es el objeto del arte. ¿Estoy diciendo tonterías? ¡Pues entonces es euforia!

Pero en realidad tenía razón, porque la historia de la cronología había resultado perturbada: la historia no era el pasado, sino algo que estaba siempre a punto de suceder. Era la parte de la realidad que estaba en *viscoso equilibrio*. Habría perdido el juicio a causa de todas esas insinuaciones de otra versión de la realidad de no ser por la indispensable belleza y el aislamiento de la presencia de Constance. «Si quieres obrar bien sin moralizar, escribe un poema», le había dicho ella. ¡Y esto es lo que empezaba a sentir que pronto estaría a su alcance!

—Pronto estarás en condiciones de escribir un estudio sobre la mujer como placebo: ¡terapia que funciona aunque ella no sea una diosa, sino una mujer corriente!

Esto sonaba como si Sutcliffe estuviese un poco celoso, y quizá lo estaba.

—Tienes razón —dijo ella—. Es su papel. Y cada orgasmo es un ensayo general de algo más profundo, como por ejemplo

la muerte, que se hace más y más explícita hasta que por fin sucede y revive todo el universo en nosotros con un mazazo. Sabiendo esto, sabes que todo será perdonado, que ninguna de nuestras transgresiones debe ser tomada en serio. En el fondo, todo el mundo busca oro cerniendo la arena.

—Odio esta clase de moralina —dijo él—, porque huele a fariseísmo. Yo quiero ser malo; malo, y punto. También es un modo de amar, ¿o no? Sé que estás pensando en el filósofo Daimonax, pero ¿acaso estaba en lo cierto cuando decía que en realidad nadie quería ser malo? Tenemos que preguntárselo a Sabine.

Y afortunadamente Sabine estaba allí para que pudieran preguntarle, sentada a la mesa de la balconada, con su eterna baraja extendida frente a ella, escrutando el futuro. Se estaba fumando una pata de elefante para domeñar su duro trabajo.

—Es mejor incluso que eso —dijo—, porque todo el universo, todo el proceso en tanto que natural, se libera del dolor, de la ansiedad y del estrés. El león fue creado para yacer con el cordero: sólo la ansiedad causa el temor, la guerra. Lo mismo ocurre con nosotros. El amor y la lujuria son formas de tracción espiritual que una chica sabe instintivamente cómo utilizar: el tira y afloja del sentimiento sexual y bisexual, el caro y viejo grupo de Edipo. A menos que uno capte esto, va viviendo tristemente, y el horror de lo absurdo de las cosas no cesa de crecer. Pero la realidad es realmente beatificolátera si así lo creemos. Constance debe purgar tus deseos de arrobamiento, desarrollar tu presentimiento del vacío, fomentar el sentido augural y convencer al corazón de que se haga gozoso.

—¡Sí! —dijo lentamente Constance—. Y el nacimiento no es un trauma, sino una apoteosis; en esto disiento de mis colegas vieneses porque ellos nacieron en el pecado. Pero en

realidad uno nace en la dicha; somos nosotros quienes provocamos el trauma con esas locas doctrinas basadas en la culpa y el miedo. ¡La patología empieza en casa! El instinto tiene una lógica propia que debemos obedecer, y no podemos actuar de otro modo. Tenemos que dejarnos llevar por el presentimiento, por así decirlo. Es independiente del método cuantitativo, que no hace más que aportarnos ejemplos para analizar, todo como piezas de un todo inconmensurable —añadió.

Entonces fue cuando ella les explicó el cuento de Julio, el poeta gitano, y la historia de sus piernas. Había sido el único hijo producido por la Madre y nadie sabía cuáles eran sus orígenes porque Ella no había sido nunca vista «aceptando» a un hombre en su carromato. Se daba por sentado que tal debilidad habría influido en su «visión», disminuyendo su poder profético. Julio creció tocado por la magnificencia divina, con una espléndida estatura y con un talante que parecía indicar que ya había vivido antes en la Tierra. Y eso por no mencionar *une sexualité à tout va...* Él compensaba todas las carencias de su madre y tenía enamoradas a todas las beldades de la tribu. Se convirtió en el bardo tribal, por así decirlo, aunque entre los gitanos no exista tal cosa. La melodía la improvisaba a la guitarra, pero la letra resultaba siempre tan sorprendente que sus composiciones se convirtieron en dichos populares. Sigue vivo en las citas, por así decirlo.

—Pero Julio no solamente estaba dotado para el amor, sino que era también atleta y le encantaba robar ganado y torear al estilo de Provenza. Le gustaba el sabor del peligro en la lidia y se convirtió en una figura, algo infrecuente para un gitano francés. Pero luego vino su caída —prosiguió Sabine con el dolor impregnando ya su reposada voz—. Le tocó en suerte

el famoso toro *Sanglier*, todo un ejemplar, y se entabló un feroz combate. Julio anduvo muy despierto, pero el viejo toro empleó todas las tretas de su repertorio, resabiado y ducho en aquella lidia. Y entonces llegó el momento culminante. Julio resbaló junto a la barrera y perdió la distancia al toro. *Sanglier* lo tiró contra el burladero corneándole con toda su malévolamente la experiencia. Cuando pases por la Camarga y llegues ante la tumba de este heroico animal homérico, eleva una plegaria por el espíritu de Julio, porque sus piernas quedaron tan aplastadas contra el burladero que se vieron obligados a amputárselas. Creímos que moriría de congoja y de humillación física, pero tras un período de desesperación, durante el que eligió y rechazó alternativamente todas las formas de suicidio imaginables, emprendió una nueva vida. Su poesía ganó en vigor y solemnidad. Pidió que le devolviesen las piernas, y así se hizo: hermosamente embalsamadas, como un exvoto para santa Sara. Las pusieron en la cueva que hay junto al manantial del Pont du Gard y dieron origen a un culto a la fertilidad. Pero esto fue después de su muerte, porque aún vivió varios años como un muñón con brazos y, sorprendentemente, su éxito con las mujeres aumentó en lugar de disminuir. Nunca le faltaban mujeres. Se decía que la estéril paría tras una sesión de amor con Julio. Toda la potencia sexual de sus perdidas piernas parecía haber penetrado en su miembro. Se le puso enorme y parecía en permanente erección. Yo misma fui una o dos veces por curiosidad, y era extraordinario. Julio parecía penetrar hasta el mismo corazón del orgasmo: la reparación de la mente, la sede de su salud sexual. Se podía ver que, al faltarle las piernas, la columna vertebral era realmente una especie de calzada de los Gigantes hacia la yóguica abarcabilidad del yo: eso del *kundalini* erectofídico. Julio había

mamado tal cosa de la leche de su madre. Y yo misma advertí por primera vez que el sexo no está muriendo, sino que con la libertad de la mujer está en la mejor época. Sus verdaderos secretos apenas se han entrevisto en Occidente. La matemática del acto sexual permanece oscura. La potencia del cinco es realmente el acertijo del quinx: ¡a ver si te atreves a solucionarlo! Pero el problema de Julio encierra para nosotros uno y muy serio de carácter político. A menos que sean redescubiertas las reliquias de Sara y se nos devuelvan, la Tribu no puede ni avanzar ni procrear –añadió.

«Bajo dos y llevo cinco, una pasión dominante.»

«¿Que los griegos llamaron psicoalimentada?»

«No. No. Cinco letras, amor. ¡Te amo!»

«Pero no menos psicoalimentada, porque el amor es la palabra de cuatro letras que nunca asociamos a un cruz-y-grama o un momento tonto. Dos horizontales y uno arriba, nunca una cruz ¡palabra!»

Codificar los apetitos mediante el yoga: todos los besos y dulces compulsiones, el dulce estiramiento y el jadeo protegiendo la profunda vascularidad de músculos y venas. Luego la meditación, como si se cruzara el oscuro jardín de la conciencia resguardando la encendida vela que la más mínima brizna de viento podría extinguir. Proteges esta pequeña y precaria llama, atesorándola en la palma de la mano. Y así, lenta y gradualmente, tu meditación se afirma y refuerza la llama y puedes cruzar el oscuro jardín con ella triunfalmente erecta: la erección yóguica del adepto en el Tao es esto, ¿no? Sí, en términos taoístas incluso el amor es un predicamento debido al erróneo ángulo de inclinación hacia el universo.

Él no ve contradicción en la contradicción, y saber esto es el principio de una certidumbre inesperadamente nueva. ¡Su poesía trata de la transmisión de un indicio, de una brizna de la suprema intuición que te hace reír por dentro para siempre!

★ ★ ★

«Le estoy muy agradecido a Egipto, aunque volví de allí con la espalda destrozada. Porque de otro modo nunca me hubiese preocupado por esa coña del yoga y me hubiese perdido una experiencia profundamente transformadora. Una religión sin síes ni peros, ni siquiera con la sombra de un quizá. ¡Nada de dulces neurosis, nada de almohadillas anestésicas para la mente! La lógica formal se disuelve y conforme orquestas el cuerpo intercambias grasa por oxígeno. El hambre no es poseer, adueñarse, sino pertenecer.»

Partes y todos todos
y partes y tus partes
agujeros públicos
santos polos
impíos polos
plenos todos.

«Si sufres de un Priápo inflingido por Saturno harás lo que sea para que los extremos se toquen» (Sutcliffe).

★ ★ ★

Soñaba con algo tan encantador y deliberado como los besos de las bonitas *hanoums* turcas en su paraíso de sorbete.

Una abundancia de sonrientes oficiantes de cosquillas, un alfabeto de entrecortados suspiros, orientales códigos del sexo. Y todo lo que consiguió fue que una chica como un pterodáctilo le pusiese suave en el autobús de Gatwick gritando «¡Benditas masajistas!». No dándole importancia ganamos un poco.

SUT Y BLAN

= ¡prototipos de amor y desenfreno yacen allí y juegan con tu ALMA Y CUERPO Banjo Vertical!

Puella lethargica dolorosa! ¡Sólo con besarte era como si me llamase Dios por teléfono! Entonces, ¿por qué te fuiste y te marchaste de montería? Un sin-hombre es peor que un memo-hombre. Marchitará tus sentidos y sorberá tu succulencia. «¡No saber lo que se quiere es para una mujer el principio de la sabiduría!» (Inscripción en un orinal persa.)

Corriendo a lo largo del río gris verdoso habían visto el famoso puente roto, dirigiendo aún su ojo acusador a través del agua hacia la árida *garrigue*. Ni Blandford ni Sutcliffe pudieron resistir el impulso de tararear:

Sur le Pont d'Avignon
on y pense, on y pense...
sur le pont d'Aviñón
on y pense, tout en rond!

—¿Cuánto tiempo vamos a seguir juntos? —preguntó Blandford, y su *alter ego* repuso:

—Un libro más, otro río. Luego el cuerpo y el alma deben poner fin a su asociación. Lo sé. Es demasiado poco tiem-

po. Es la única crítica que puede hacerle uno a la vida. Es demasiado breve para aprender algo.

–Parece que Constance está enferma.

–Se pondrá bien. Lo prometo.

Rose de la poésie, O belle névrose!

Pero incluso Dios, si existe, debe de estar sujeto a la entropía. ¿O ha aprendido a gozar y usar de la mortal deriva desde la perfección a la podredumbre? ¿Vive como el taoísta en una perpetua sacra irreverencia?

*hazle la cama
toma su vida
marca su almohada*

*«esposa ausente»
zúrcele el talón
fúmate su petaca
haciendo todo
lo que hacía la otra*

*tráele las zapatillas
tráele el alma
Eros ¿enséñale
a controlar su
respiración!*

¿quizás algunos pasajes
en verso de la escena
culminante? ¿No querría
Sutcliffe hacer
un numerito con su
alter ego?
Escena de epilepsia, la
saliva perlada, la lengua
partida por la mitad de un
mordisco,
casi tragándose.

«Cibeles, ¿qué hay de
cena?»
«¡Útero!», dijo ella.

¡Súbete las pelotas, Coz, *les corniles bien havi! Recuser, accoler,
accusez, raccolez!*

Cuando era joven se me fundía el miembro como una vela con sus caricias; pero la edad y la meditación endurecen la resolución y ahora ella sabe cómo madurar y guiar el trofeo del tejido eréctil para que actúe responsablemente. Actualmente creo que hasta podría firmar cheques con él si fuese necesario (Sutcliffe).

El viejo y valeroso soldado se alza y retiene educadamente su descarga como un clérigo en una merienda, rindiendo infinitos servicios con infinita educación. Pero está totalmente a merced de la mujer. Si ella quiere, lo extingue como una cerilla (Blan).

El elefante, si sabes convencerle, enseña que el arte es tanto terapia como edificación moral. Su calibre y relevancia pueden variar. Su aritmética es hermética. Sólo una vez algo se convierte en nada. ¡Amor!

¡Ah! Pero morir de sinceras hemorroides, o inhalando un plátano, o *d'une obésité succulente* (que valdría la pena, artísticamente). Y rezar, ¿por qué no usar de un estilo de prosa aberrante haciéndose eco de la discordancia que anida en el corazón de toda naturaleza humana? Los verbos amordazados le dan alas a los nombres, desembolsa el adjetivo de siete púas. ¡Divúlgalo!

A menudo, cuando habían bebido demasiado, se hacían la ilusión de que aún era posible llegar al fondo de las cosas. Mantenían diálogos como:

BLAN: ¿Qué harías si alguien te dijese que no eres auténtico con la vida? ¿Eh? ¡Explícate!

- SUT: Me molestaría mucho. Me enfurruñaría.
- BLAN: ¿Sabes?, para nosotros, en la era del cine, la realidad sólo es reconocible e identificable a veintiocho fotogramas por segundo. Pero la ralentizas y la imagen deja de ser auténtica y se hace aberrante, como la de una persona paranormal, esquizofrénica o paranoica, como prefieras.
- SUT: ¿Se quejan de eso? ¿De que no soy auténtico con la vida es lo que dicen? ¿Así que tiene que haber algo con lo que compararme? ¿Acaso estoy ralentizado y febril? ¿Así que esto es lo que la Relatividad ha hecho por nosotros? ¿Catapultarnos a lo Provisional, con la realidad como un mundo de sombras?
- BLAN: Cuando le pregunté a Einstein acerca de ti, acerca de cuánta realidad podía reconocerte, me dijo: «¿Se refiere usted a ese tío sonrosado que parece un cerdito? Dígame de mi parte que el hombre sólo tiene *tendencia* a existir. No puedo extenderme más y entrar en afirmaciones carentes de base acerca de la realidad de su ser: no he recibido ningún télex de Dios, ¿sabe usted?».
- SUT: ¡Qué dilema! Podrías decir que soy simplemente simbólico. ¿Meramente simbólico, como un osito de peluche lleno de caviar? La gente que dice esto parece no advertir que sólo acampa temporalmente en su cuerpo como en una crisálida. Y luego, ¡puf!, una polilla destinada a comerse la ropa. Algún día tendré significado. Como en la novelita: «Un detenido análisis de la Nada revela que... Ambulancias gimoteando toda la noche por la sangre, carne y sangre. ¿Quién puede dormir?».

BLAN: Entonces despiértate y escribe nuestro libro: un nuevo Ulises muriendo de una elefantiasis litúrgica. O sueña con una chica de largas y sedientas piernas, pero tan vergonzosa como el pegamento. El arte tiene postura, pero no credo específico.

SUT: Podría tomar uno prestado en caso necesario. Un sofocaniñas sería mejor. ¿Sabes?, solamente vivimos en el instante que media entre inhalación y ex-. Este punto del tiempo del yoga es la única historia. Pero supón que refinamos y purgamos y fortalecemos este pequeño parpadeo de tiempo verídico, ¡porque redimiríamos la eternidad, la visión heráldica, la introspección panorámica!

BLAN: Ah, ya; y entonces, ¿qué?

SUT: Me tienes allí. Sí, pero ¿qué?

BLAN: *Filosophâtre* y Psicolopanza
ven y únete al Banco de la Esperanza
como cisnes reales indefensos y encelados
o sucios patos sin esperanza y atontados
despierta la Psique de su trance
no se vaya a morir por masturbarse
y aprende la lección de los muertos, hijo,
que la historia es un nudo corredizo.

SUT: ¿Así que realmente no significo nada? ¿Soy un símbolo sin traducción?

BLAN: Todos los símbolos empiezan así. Por fortuna, el significado tiende con el tiempo a crecer en torno a un enigma. No sé por qué. Como si la naturaleza no se quedase tranquila si no ofreciera una glosa. En poesía, lo oscuro se reviste lentamente de significado como si siguiese una ley natural. Los grandes enigmas del

arte, simplemente a fuerza de serlo y de continuar existiendo terminan por acumular sus propias explicaciones con la fuerza de la proyección crítica. El comendador de Mozart, por ejemplo, es considerado tan misterioso y se hace cada día más significativo precisamente porque sigue vivo gracias a la carga eléctrica inducida en él por su hacedor. Un día de éstos el «significado» nos estallará encima.

SUT: De acuerdo. Pero esta información la consigue la mujer recurriendo a su intuición femenina. Puede permanecer informulada, pero de alguna manera sabe que es custodia de la poesía de él, y el papel de ella es descubrir y liberar la extraña polilla que puede habitar la más repugnante variedad de oruga. El acto sexual irrumpe a través del contenedor de la carne en un acto de reconocimiento. ¡Presto! ¡Liberación de la polilla del poeta!

BLAN: ¡Estupendo!

SUT: Pues, como tú dices, ¡estupendo!

BLAN: *Touche-partout, couch e-partout.
Bon a rien, prêt à tout.*

Y del amor, ¿qué?

Entre zorra y paloma
una chica de gris con un billete oscuro
suave como el moho de la tele
que como todos nuestros amantes se hace polvo.

Piensa en otros que han muerto de esta manera. Ávidos de una visión totalizadora que la muerte devuelve hecha polvo. Ni-

cholas De S. ¡Mejor será que te conviertas en un *best-seller* y te pases la vida palpando las partes más húmedas de la diosa de Pelf! E. A. P., cuyo cerebro explota en la tarea. La arriesgada ascensión del artístico icor por el torrente sanguíneo, la panorámica visión, era demasiado para él. Se lo tragó. Fue arrastrado por el pelo hasta la cueva de la oceánica conciencia, la cueva de Grendel de los orígenes del arte; bebióse la bebida.

(Sutcliffe sirve una.)

¿Y K? Conforme su mente se abatía se iba poniendo más amarillo y demacrado, luciendo como una vela, como un cirio judío dentro de un ataúd. Se le fueron cubriendo las manos de verrugas supurantes. Clavando la mirada en las fauces del superego del judío.

Tolle lege, tolle lege. Voces que oyó san Agustín, de niños de un abandonado jardín cantando en el cumpleaños de un ángel. El imperativo del poeta. ¡Chitón! ¿Los oyes?

La condenada galera de nuestra cultura llena hasta los topes, la nave de los locos. Pero sólo parece eso. En realidad, si tú crees, como yo lo creo, que toda la gente va convirtiéndose poco a poco en una única persona y que todos los países van fundiéndose en un solo país, en un mundo, estás abocado a ver a todos esos llamados personajes como ilustraciones de una tendencia. Cabe estudiarlos en función de sus debilidades, entre las que la mayor y más reveladora es su disposición para amar y para fabricar carnales copias de sus necesidades psíquicas. ¿Me sigues?

★ ★ ★

B. piensa: La muerte parece polifacética y singular porque nuestros amigos se mueren intermitentemente, uno por uno,

deslizándose fuera del *décor*, y dejando agujeros en él. Pero en tanto que principio, es tan universal como todo devenir —*semper ubique*, amiguito—, aunque el efecto sea como producido a cámara lenta. La nave se agita sola y se sumerge lentamente con un temblor antes de hundirse del todo. Los marineros expertos notan el premonitorio estremecimiento y gritan «¡Se hunde!», y mucho antes de que el grito se apague, «¡Se va al fondo!». La primavera nos parecerá imperecedera una vez re-instalada en Aviñón. Constance: te amo y quiero morir.

Sutcliffe tenía un amigo que murió en acto de servicio, pero siguió con la erección en el *rigor mortis*. Fue todo un espectáculo que hizo que las enfermeras, que llevaban bastante tiempo a media ración y estaban ansiosas de novedades, se agolpasen a admirarlo. Un violáceo miembro como aquél podía dejar satisfecho a todo un ejército de nosotras, pensaban, y no cesaban en sus idas y venidas para contemplarlo exultante. Pero al atardecer, cuando fueron a amortajarlo, ya se había arrugado.

—Pero terminaremos como un viejo guaguáu patim-patam al Cielo Canino de Disneylandia o de Forest Lawns —dijo Blan enfurruñado—, desde donde se le envían telegramas al pequeño Fido, que está ya al otro lado de la laguna Estigia. Caronte los entrega sin una palabra, embolsándose el dólar sonriente mientras se aleja remando.

A cada una su toba-de-él
como por una tal Miss Muffet.
Muchas son las llamadas, pero casi todas frías.
Algunas recurren a la teosofía para mantenerlas rígidas.

Europa yace en lo profundo de su musa mortal.
Los chicos y las chicas salen a jugar.